

Apreciada comunidad externadista,

Saludo efusivo, saludo cordial, saludo animoso, saludo afectuoso en la celebración de nuestro aniversario 135. El 15 de febrero de 1886 se publicó en el periódico La Nación un aviso que cambiaría la educación de Colombia: “Ya está abierto el Externado”.

Corre por mis venas la emoción que debió sentir Nicolás Pinzón Warlostén, nuestro fundador de tan solo 26 años, cuando logró reunir personalidades como Emigdio Palau, Ramón Gómez, Aníbal Galindo, Juan Félix de León, Francisco Montaña, Ignacio Espinosa, Felipe Silva, Antonio José Restrepo, Salvador Camacho Roldán, Juan Manuel Rudas, Juan Uricoechea...; hoy todos ellos encabezan la lista de los maestros ausentes, lista a la que a lo largo de los años se han unido tantos nombres insignes que no queda más que repasarla con emoción y reverencia.

Ciento treinta y cinco años después, aquí estamos, todos y todas, con nuestro ideario vigente y renovado, nuestra heredad sagrada fuerte, sólida y en transformación permanente, sobreponiéndonos con enorme trabajo y solidaridad a la dificultad de la pandemia, sin perder el rumbo, sin embargo, de lo que son nuestros intereses más sublimes: educar para la libertad de cara al futuro, para la tolerancia, para la probidad, para la democracia y el Estado Social de Derecho, educar para que ustedes, señoras y señores estudiantes, sean seres humanos pulcros, felices, sencillos, optimistas, creyentes en la perfectibilidad humana y promuevan así la solidaridad con sus congéneres, la disminución de las desigualdades y el afianzamiento de una ética radical y solvente; para que ustedes, señores profesores y señoras profesoras, sientan orgullo de renovar cada día con su labor el compromiso con el país y ejercer nuestro espíritu académico y pregonar nuestros principios, nuestra marca, nuestro ADN; para que ustedes, señores empleados y señoras empleadas, se emocionen cada vez que les pregunten dónde trabajan y respondan que pertenecen a esta noble causa y a esta noble casa.

La educación para la libertad es mucho más dificultosa que aquella para la sumisión. Los espíritus libres se nutren de la eliminación de muros y barreras, del minimalismo ético con solidez indestructible,

de abrir puertas con un pensamiento cuestionador y rebelde, de asumir la incertidumbre; en tanto que los espíritus sumisos se nutren de la obediencia, de la seguridad, del dogma y de la subordinación. Sigamos todos y todas las premisas fundacionales para mejora de la especie humana y de su entorno. No se trata de ejercer una superioridad ética, lo cual iría contra nuestro propio pensamiento, su pluralismo, su escucha, su diálogo y contra la fraternidad que nos caracteriza, pero sí de esforzarnos para mostrar con nuestro ejemplo de vida que todos podemos caber, que todos tenemos un espacio digno en esta tierra.

El legado de nuestros fundadores es inmanente y trasciende generación tras generación; ilumina al país como un faro democrático en momentos violentos, desiguales, corruptos e intolerantes, como los que se viven en la actualidad.

...

En mi discurso de posesión recordaba una frase de Bernard de Chartres escrita en el siglo XII –atribuida usual y equivocadamente a Newton- que ahora quiero citar de nuevo, pero en esta ocasión de la mano del excelente libro *A hombros de gigantes*, de Umberto Eco:

“Bernardo de Chartres decía que nosotros somos como enanos que están a hombros de gigantes, de modo que podemos ver más lejos que ellos no tanto por nuestra estatura o nuestra agudeza visual, sino porque, al estar sobre sus hombros, estamos más altos que ellos”.

Plantea esta frase la interesante discusión sobre innovación y tradición, sobre creatividad pasada y futura, sobre enlazamiento generacional. Esta parábola, trajinada por casi un milenio, ha permitido que se sintetice lo que se ha dado en llamar la querrela entre lo antiguo y lo moderno (como bien lo explica Merton en su libro *On the Shoulders of Giants*).

En principio los dos extremos son polos estáticos e irreconciliables. Sin embargo, su verdadero entendimiento reside en el hecho de que los antiguos tienen la paternidad, pero, naturalmente, es a quienes los suceden que corresponde complementar y mejorar permanentemente

las instituciones y la sociedad, para crear nuevas paternidades y así, sucesivamente. Hay una dialéctica entre unos y otros que se expresa en el análisis de lo antiguo para la construcción del futuro.

Hago el parangón con nuestro Externado: nuestro ideario nos lo legaron nuestros bisabuelos radicales y mi predecesor, el irremplazable maestro Fernando Hinestrosa -a quien evoco con altísima emoción y agradecimiento-, nos legó, además, nuestra solidez, crecimiento y fortaleza. Nosotros somos los llamados, ahora y siempre, a continuar con el legado.

El Externado tiene una bella historia que hoy rememoramos. Tenemos, por fortuna, fuerzas que halan hacia el pasado y fuerzas que lo hacen hacia el futuro. Tenemos una masa crítica tan grandiosa, que encuentra el equilibrio entre pasado y futuro, entre tradición y novedad, porque en el manejo de ambos extremos está la sabiduría de continuar llevando por buen camino nuestra heredad sagrada.

Nunca debemos ni podemos aceptar la arrogancia de quien pudiera estimarse el novedoso creador, de quien considere que representa lo novísimo y que todo pasado, por estar fuera de él, debe ser objeto de desdeño y de desprecio. No. La sencillez impide caer en estas vanidades. Reconocer la valía de lo antiguo en nada desdice la posibilidad de mejoría y de crítica a lo pasado, porque si así fuere, se caería en un estancamiento social, institucional y personal. Espíritus libertarios como los que brotan de nuestro ideario deben indagarlo todo, inmiscuirse, si se quiere volverse incómodos, porque la democracia, como sabiamente lo dijo Norberto Bobbio, no es consenso sino disenso; pero, disenso constructivo, disenso dialógico. Como bien enuncia una frase célebre atribuida a un político estadounidense, “es más fácil destruir un granero que encontrar buenos carpinteros para reconstruirlo”. Por fortuna nuestra comunidad siempre ha tenido y tendrá excelentes carpinteros.

Y regreso a la frase citada: los cambios generacionales, los cambios de quienes sustentan poderes, los cambios de investigadores y catedráticos, los cambios de directivas, llevan ínsita la necesidad de construir sobre lo ya establecido, de retomar el conocimiento anterior y de aumentarlo con humildad y sin arrogancia.

...

Bajo este entendido: ¿en qué estamos y hacia dónde vamos?

Nuestra Universidad atraviesa una interesante y novedosa época de su historia. Garantizada la sobrevivencia y prestancia institucional heredadas de la rectoría de nuestro maestro Fernando Hinestrosa, gracias a la solvencia con la que dejó nuestro claustro, habremos de seguir todos y todas, mejorándolo con un entusiasmo alejado de intereses personales y con mucha grandeza. Nuestro compromiso no es solo con él o con los anteriores rectores y las generaciones pasadas, sino con las futuras y, sobre todo, con el trascendental papel que juega el Externado en el concierto de la educación nacional e internacional.

En ese tránsito, puedo decir sin ambages, la Universidad se ha engrandecido, aún más: de tres salones en el edificio de las Galerías en la plaza de Bolívar, en donde el Externado comenzó labores hace 135 años, hoy podemos recorrer más de 100.000 metros cuadrados de edificios y jardines y en cada punto conectarnos sin problemas a la red. La Universidad ha crecido en infraestructura y en tecnología, desde su biblioteca y sus publicaciones, hasta los apoyos virtuales a la enseñanza; desde sus espacios de recreación y estudio hasta la internacionalización de los currículos y del campus.

Pero lo que más entusiasmo me produce es creer que en estos últimos años ha mejorado la calidad de vida de nuestra comunidad, no solo por las mejoras constantes a nuestros espacios físicos, sino también por los beneficios que se han otorgado a funcionarios y profesores, para profesionalizar su actividad y otorgar unas mejores condiciones laborales en provecho de cada quien y de sus familias; y a los estudiantes que se han incorporado definitivamente a la toma de decisiones de nuestra institución, que cuentan con más facilidades, estímulos y acompañamiento para poder realizar sus proyectos de vida; que gozan hoy de un Bienestar Universitario robusto y consolidado.

El recuento de lo que ha pasado en los últimos años en la Universidad podría extenderse mucho más y hago esta breve síntesis solo para poner de presente la Universidad del siglo XXI que estamos construyendo entre todos. Puedo afirmar que la mayor honra que me

ha deparado la vida es haber reemplazado a mi maestro Fernando Hinestrosa, haber recogido lo que él y su padre, y sus predecesores, hicieron, y continuar esa línea que dura en el tiempo.

Nuestra Universidad es fuerte, es moderna, es socialmente responsable, es solidaria, es pujante y está comprometida y todo gracias a cada una de las personas que a lo largo de estos años han sabido entender el legado y lo han traducido en vivencia, en realidad. Nuestros 135 años serán recordados como el aniversario que celebramos desde casa y así hemos tenido una celebración en cada rincón del país; con todo, si me hubieran dado a escoger un día de este último año en que se nos hubiera dado la oportunidad de estar todos reunidos, hubiera escogido este, para reconocernos y para decirle a la comunidad académica, al país, y a nuestros bisabuelos radicales, con un fuerte apretón de manos, que aquí estamos, listos para continuar la marcha.

Muchas gracias.